

Platón HIPIAS MAYOR

INTRODUCCIÓN

El *Hippias Mayor* es un diálogo aporético: el problema planteado queda sin resolver al finalizar la discusión. Tiene una extensión de casi el doble que el *Hippias Menor*, y este dato es, sin duda, suficiente para explicar los adjetivos comparativos que sirven para distinguir un diálogo del otro. Aunque en la Antigüedad no existió problema sobre la autenticidad de este diálogo, algunos filólogos han puesto en duda, en los dos últimos siglos, la atribución de este diálogo a Platón. Parece tan difícil admitir las objeciones alegadas, como creer ciegamente en la autenticidad del diálogo. En todo caso, esta obra figurará siempre en el *corpus* platónico, porque, a pesar de los problemas que pueda suscitar su atribución a la pluma de Platón, es una obra de corte platónico en lo literario, en lo filosófico y en la forma general del tratamiento del tema.

La cuestión discutida en este diálogo es la de lo bello en sí mismo, la esencia que debe subyacer a todas las cosas bellas para que sean bellas. En principio podría parecer que se trata de un estudio independiente sobre este tema al que más tarde el autor le hubiera asignado los nombres de Hippias y Sócrates para defender las partes, y al que hubiera colocado una bella y artística introducción que va hasta 286c, donde empieza el verdadero tema del diálogo. Hásta tal punto la parte dedicada al tema de lo bello en sí constituye un bloque bien caracterizado. Sin embargo, los dialogantes no pueden ser otros que Sócrates e Hippias. En el caso de Sócrates, no hay la menor duda. La introducción de ese personaje de carácter áspero en la búsqueda de la verdad, precisamente desde las primeras líneas en que se aborda el tema de lo bello, así como su constante presencia a lo largo de todo el resto del diálogo, nos demuestran que el tema está tratado desde el supuesto de que Sócrates es un interlocutor obligado. Quizá no parece tan obligado que el otro interlocutor haya de ser Hippias, pero la verdad es que el personaje está perfilado muy frecuentemente y muy bien. Es imposible en el diálogo tomar el tema separándolo de los interlocutores; la trabazón es completa. Es claro que el tema del diálogo podría haberse tratado con dialogantes no caracterizados, pero en el caso de este diálogo se puede decir que no ha sido escrita una sola línea sin tener presente que los que dialogaban eran, precisamente, Sócrates e Hippias.

Admitido lo que precede, como no puede ser por menos, comprobamos que la bella parte introductiva está, concretamente, destinada a la caracterización de los dos personajes, especialmente de Hippias, puesto que Sócrates aparece diseñado por contraste y, además, es ya un personaje canónico. Nos encontramos, pues, con un diálogo completamente trabado desde el principio hasta el fin con unidad interna precisa. Dos rasgos llaman, sin embargo, la atención: la ironía y la agresividad. Se trata sólo de una distinción de grado. Los dos personajes se expresan con más dureza de la habitual. La irritación de Hippias y la dura ironía de Sócrates desde 300c hasta 302a, así como las últimas palabras de Hippias en 304a, dejan una impresión de agresividad que no aparece en otros diálogos. Sin duda, hay más pasión, por ejemplo, en la discusión de Calicles con Sócrates en el *Gorgias*, pero ese apasionamiento, e incluso irritación, no deja la impresión de la enemistad a flor de piel que se observa en nuestro diálogo. La ironía de Sócrates, antes aún de

Comentario [L1]: Para el problema de la autenticidad véase W. K. C. Guthrie *A History of Greek Philosophy*, N, pags. 175-77.

entrar en el tema de lo bello, no es una ironía contra los argumentos sino contra la persona, cuya descalificación se busca.

Es difícil explicarse por qué Platón decidió enfrentar dos veces, como únicos dialogantes, a Sócrates y a Hipias. No lo ha hecho con Protágoras ni con Gorgias, sofistas más representativos que Hipias. Puede ser que no quisiera volver a tocar a Protágoras, muerto casi un tercio de siglo antes de que Platón pudiera tener la idea de dar su nombre a un segundo diálogo. Gorgias era ya un anciano de cerca de 100 años al que no parecía oportuno hacer aparecer de nuevo en un diálogo. En cambio, Hipias era más joven y, durante algún tiempo, cuando ya Gorgias era muy viejo, debió de ser el sofista de más prestigio. Nuevamente, como en el *Hipias Menor*, se trata a este sofista muy por debajo de sus méritos reales. La imagen que nos llega a través de los dos diálogos resalta los defectos de Hipias -que ciertamente debió de ser un pozo de vanidad- sin hacer visibles sus notables méritos. Un juicio sobre Hipias sacado de su actuación en los dos diálogos citados tendría algo que ver con una parte de la realidad, pero no daría la medida de lo que realmente fue este sofista. Es curioso considerar que, si es cierto que Platón le dedicó dos diálogos, las dos veces lo haya tratado del mismo modo.

El Hipias Mayor ha dado lugar a la discusión de si el concepto de lo bello en sí, es decir, el que las cosas bellas son bellas por la presencia de lo bello, no es ya el comienzo de la teoría platónica de las ideas. Una afirmación semejante aparece en el *Eutifrón* 6d. Parece evidente que, de la pura abstracción socrática a la «teoría de las ideas», hay una vía en la que sería difícil determinar un punto exacto en el que se produzca el término de la una y el comienzo de la otra. Es el contexto general de un diálogo el que permite afirmar qué expresiones de este tipo deben ser tomadas en uno u otro sentido. El contexto de *Hipias Mayor* no da lugar a pensar que Platón se haya desprendido todavía de los moldes socráticos.

NOTA SOBRE LA TRADUCCION

Para la versión española se ha seguido el texto de BURNET, *Platonis Opera*, vol. III, Oxford, 1903 (reimpresión, 1974).

HIPIAS MAYOR

SÓCRATES, HIPIAS

281a SÓCRATES. -Elegante y sabio Hipias, ¿cuánto tiempo hace que no has venido a Atenas?

HIPIAS. -No tengo tiempo, Sócrates. Cuando Élide tiene que negociar algo con alguna ciudad, siempre se dirige a mí en primer lugar entre los ciudadanos y me elige como embajador, porque considera que soy el más idóneo juez y mensajero de las conversaciones que se llevan a cabo entre las ciudades. En efecto, en muchas ocasiones he ido como embajador a diversas ciudades, pero las más de las veces, por muchos e importantes asuntos, he ido a Lacedemonia; por lo cual, y vuelvo a tu pregunta, no vengo con frecuencia a estos lugares.

b
c Sóc. -Esto es ser de verdad un hombre sabio y perfecto, Hipias. Lo digo, porque tú eres capaz de recibir privadamente mucho dinero de los jóvenes y de hacerles un beneficio mayor del que tú recibes, y también porque eres capaz, públicamente, de prestar servicios a tu ciudad, como debe hacer un hombre que está dispuesto a no ser tenido en menos, sino a alcanzar buena opinión entre la mayoría. Ahora, Hipias, ¿cuál es re-

Comentario [L2]: Véase Guthrie, *History of Greek Philosophy*, IV, páginas 188 y sigs.

almente la causa de que los antiguos, cuyos nombres son famosos por su sabiduría: Pítaco, Bías, Tales de Mileto y los de su escuela, e incluso los más recientes hasta Anaxágoras, todos o casi todos, se hayan mantenido alejados de los asuntos públicos?

d Hip. - ¿Qué otra razón crees, Sócrates, sino que eran débiles e incapaces de llegar con su espíritu a ambas cosas, la actividad pública y la privada?

Sóc. -Luego, por Zeus, así como las otras artes han progresado y, en comparación con los artesanos de hoy, son inhábiles los antiguos, ¿así también debe mos decir que vuestro arte de sofistas ha avanzado y que son inferiores a vosotros los antiguos sabios?

Hip. - Hablas muy acertadamente.

282a Sóc. - Por tanto, Hippias, si ahora resucitara Bías, se expondría a la risa frente a vosotros, del mismo modo que los escultores dicen que Dédalo, si viviera ahora y realizara obras como las que le hicieron famoso, quedaría en ridículo.

Hip. - Así es, Sócrates, como tú dices. Sin embargo, yo acostumbro a alabar antes y más a los antiguos y a los anteriores a nosotros que a los de ahora, para evitar la envidia de los vivos y por temor al enojo de los muertos.

Sóc. - Piensas y reflexionas acertadamente, según creo. Puedo añadir a tu idea mi testimonio de que dices verdad y de que, en realidad, vuestro arte ha progresado en lo que se refiere a ser capaces de realizar la actividad pública junto con la privada. En efecto, Gorgias, el sofista de Leontinos, llegó aquí desde su patria en misión pública, elegido embajador en la idea de que era el más idóneo de los leontinos para negociar los asuntos públicos; ante el pueblo, dio la impresión de que hablaba muy bien, y en privado, en sesiones de exhibición y dando lecciones a los jóvenes, consiguió llevarse mucho dinero de esta ciudad. Y si quieres otro caso, ahí está el amigo Pródico; ha venido muchas veces en otras ocasiones para asuntos públicos, y la última vez, recientemente, llegado desde Ceos en misión pública, habló en el Consejo y mereció gran estimación, y en privado, en sesiones de exhibición y dando lecciones a los jóvenes, recibió cantidades asombrosas de dinero. Ninguno de aquellos antiguos juzgó nunca conveniente cobrar dinero como remuneración ni hacer exhibiciones de su sabiduría ante cualquier clase de hombres. Tan simples eran, y así les pasaba inadvertido cuán digno de estimación es el dinero. Cada uno de éstos de ahora saca más dinero de su saber, que un artesano, sea el que sea, de su arte, y más que todos, Protágoras.

d Hip. - No conoces lo bueno, Sócrates, acerca de esto. Si supieras cuánto dinero he ganado yo, te asombrarías. No voy a citar otras ocasiones, pero una vez llegué a Sicilia, cuando Protágoras se encontraba allí rodeado de estimación, y, siendo él un hombre de más edad y yo muy joven, en muy poco tiempo recibí más de ciento cincuenta minas; de un solo lugar muy pequeño, de Inico, más de veinte minas. Llegando a casa con ese dinero se lo entregué a mi padre, y él y los demás de la ciudad quedaron asombrados e impresionados. En resumen, creo que yo he ganado más dinero que otros dos sofistas cualesquiera juntos, sean los que sean.

e 283a Sóc. -Muy bien, Hippias; es una gran prueba de tu sabiduría y de la sabiduría de los hombres de ahora en comparación con los antiguos y de cuán diferentes eran éstos. Según tus palabras, era grande la ignorancia de los antiguos. Dicen que a Anaxágoras, por ejemplo, le aconteció lo contrario. Habiéndole dejado en herencia mucho dinero, no lo cuidó y lo perdió todo; tan neciamente ejercía la sofística. Dicen también co-

Comentario [L3]: Pítaco de Mitilene, ciudad situada en la isla de Lesbos. Nació en 651. Entre sus cuarenta y cincuenta años gobernó durante diez la ciudad. Fue contemporáneo de Alceo, aunque de más edad que éste. Bías de Priene, ciudad en la costa caria de Asia Menor. En 546 propuso en el Panjonion que los jonios evitaran el dominio persa y se unieran en una sola polis en Cerdeña. Tales de Mileto inicia la lista tradicional de los llamados filósofos de la naturaleza. Se hizo ya famoso al predecir el eclipse del 28 de mayo de 585, que hizo poner fin a la batalla entre medos y lidios a orillas del río Halis. Platón cita aquí, uno tras otro, a tres de los siete sabios de Grecia, cuyos nombres son fijos en la tradición. El cuarto nombre más generalmente admitido era el de Solón.

Comentario [L4]: La fama de Anaxágoras debía de ser grande, puesto que, por estas fechas, hacía ya 29 años que había muerto en Lámpsaco. Había vivido muchos años en Atenas en el círculo de Pericles. Aunque Sócrates, en sus comienzos, se había interesado por el pensamiento de Anaxágoras, cuyas ideas le eran perfectamente conocidas, aprovecha esta ocasión para precisar que su pensamiento no tiene relación con el de los filósofos de la naturaleza. Probablemente un lugar en el ágora en el que se ejercía el comercio de libros. No se trata de la orquesta del teatro.

Comentario [L5]: Personaje mítico, patrono de los artesanos atenienses. Sócrates lo considera, en razón de su anterior oficio de escultor, como su antepasado en Eutifrón 11c.

Comentario [L6]: En la *Apología* procura Platón ser muy escrupuloso en cuanto a las referencias de personas que, con certeza, aún vivían en la fecha del proceso. Al citar aquí a tres famosos sofistas, omite el nombre del creador y gran impulsor de la sofística: Protágoras de Abdera, que había muerto en 415. - Gorgias de Leontinos era el representante del Occidente griego en la sofística. Es, sin duda, el sofista más calificado después de Protágoras. Alcanzó una gran longevidad, pues debía de ser unos quince años mayor que Sócrates y murió algunos años después que él. Es un personaje muy interesante en otros muchos aspe...

Comentario [L7]: El Consejo (llamado «Consejo de los Quinientos») estaba constituido por cincuenta miembros de cada una de las diez tribus. Se dividía el año en diez períodos, en cada uno de los cuales ejercía el gobierno y presidía el Consejo cada una de las tribus (tribu en pritanía). Los cincuenta miembros de la tribu en funciones se llamaban pritanes. En esta época, los cargos que ejercían los pritanes, algunos por un solo día, se asignaban por sorteo; también se había efectuado sorteo para nombrar a los cincuenta representantes de cada tribu.

- sas semejantes de otros antiguos. Me parece que con esto aportas un buen testimonio de la sabiduría de los actuales en comparación con la de los de antes, y es opinión de muchos que el verdadero sabio debe ser sabio para sí mismo y que, por tanto, es sabio el que más dinero gana. Sea ya suficiente lo dicho. Respóndeme a este punto. ¿De cuál, de entre las muchas ciudades a las que vas, has conseguido más dinero? ¿Es quizá evidente que de Lacedemonia, adonde has ido con mayor frecuencia?
- b* Hip. - No, por Zeus, Sócrates.
Sóc. - ¿Qué dices? ¿De dónde menos?
- c* Hip. - Nunca nada, en absoluto.
Sóc. - Dices algo prodigioso y extraño, Hippias. Dime, ¿acaso tu sabiduría no es capaz de hacer mejores para la virtud a los que están en contacto con ella y la aprenden?
Hip. - Sí, mucho, Sócrates.
Sóc. - ¿Es que eres capaz de hacer mejores a los hijos de los habitantes de Inico, y te es imposible hacerlo con los hijos de los espartiatas?
Hip. - Está lejos de ser así, Sócrates.
Sóc. - ¿Es que, realmente, los siciliotas desean hacerse mejores, y los lacedemonios no?
- d* Hip. - En absoluto; también los lacedemonios, Sócrates.
Sóc. - ¿Acaso evitaron tu enseñanza . por falta de dinero?
Hip. - Sin duda no, puesto que lo tienen en abundancia.
Sóc. - ¿Qué razón puede haber, entonces, para que, deseándolo ellos y teniendo dinero, y siendo tú capaz de reportarles la mayor utilidad, no te hayan despedido cargado de dinero? Quizá sea esta otra razón, ¿acaso los lacedemonios no darían educación a sus hijos mejor que tú? ¿Debemos decir esto así y tú estás de acuerdo?
- e* Hip. - De ningún modo.
Sóc. - ¿Acaso no eras capaz de convencer a los jóvenes en Lacedemonia de que progresarían más recibiendo tus lecciones que las de sus conciudadanos, o no te fue posible persuadir a sus padres de que debían confiártelos a ti, en lugar de ocuparse ellos de sus hijos, si es que tienen interés por ellos? Pues no creo que impidieran por envidia que sus hijos se hicieran mejores.
Hip. - Tampoco yo creo que por envidia.
Sóc. - Sin embargo, Lacedemonia tiene buenas leyes.
Hip. - Ciertamente.
- 284a Soc. - Pues en las ciudades con buenas leyes, lo más apreciado es la virtud.
Hip. - Sin duda.
Sóc. - Y tú sabes transmitirla a otros mejor que nadie.
Hip. - Con mucho, Sócrates.
Sóc. - Ciertamente, el que mejor sabe transmitir el arte de la hípica, ¿acaso no sería apreciado en Tesalia más que en el resto de Grecia y recibiría más dinero, y lo mismo en cualquier parte donde se tomara con interés este arte?
Hip. - Eso parece.
Sóc. - El que es capaz de proporcionar las más valiosas enseñanzas para la virtud, ¿no alcanzará los mayores honores y ganará, si quiere, la mayor cantidad de dinero en Lacedemonia y en cualquier ciudad griega que tenga buenas leyes? ¿O tú crees, amigo, que más bien en Sicilia y en la ciudad de Inico? ¿Debemos creer eso, Hippias? Pues, si tú lo aconsejas, debo hacerte caso.
- b* Hip. - No es tradición de los lacedemonios, Sócrates, cambiar las leyes ni educar a sus hijos contra las costumbres.

- c Sóc. -¿Qué dices? ¿No es tradición para los lacedemonios obrar rectamente, sino erróneamente?
Hip. - Yo no lo afirmaré, Sócrates.
Sóc. - ¿No es verdad que obrarían rectamente educando a los jóvenes mejor, en vez de hacerlo peor?
Hip. - Sí, rectamente. Pero no es legal para ellos dar una educación que venga del extranjero; puesto que, sábelo bien, si algún otro, alguna vez, recibiera dinero allí por la educación, yo recibiría mucho más. Por lo menos, les gusta oírme y me alaban; pero, como digo, no es esa la ley.
- d Sóc. -¿Dices tú, Hippias, que la ley es un perjuicio, o un beneficio para la ciudad?
Hip. - Se establece, creo yo, para beneficio, pero alguna vez también perjudica, cuando la ley se hace mal.
Sóc. - ¿Qué podemos decir? ¿Los legisladores no establecen la ley en la idea de que es el mayor bien para la ciudad y de que sin ella es imposible gobernar en buen orden?
Hip. -Dices la verdad.
Sóc. -Luego, cuándo los que intentan establecer las leyes no alcanzan el bien, tampoco alcanzan lo justo ni la ley. ¿Qué dices tú?
Hip. -Con un razonamiento exacto, Sócrates, así es; sin embargo, la gente no suele expresarlo así.
- e Sóc. - ¿Quiénes, Hippias, los que saben, o los que no saben?
Hip. - La mayoría de los hombres.
Sóc. - ¿Son éstos, la mayoría, los que conocen la verdad?
Hip. -De ningún modo.
Sóc. - Pero, al menos, los que saben consideran que, en verdad, es más propio de la ley para todos los hombres producir beneficio, que perjuicio. ¿No estás de acuerdo?
Hip. -Sí, estoy de acuerdo en que en verdad eso es más propio de la ley.
Sóc. - ¿Luego esa es la verdad y es así como creen los que saben?
Hip. -Sin duda.
Sóc. - De todos modos, para los lacedemonios, como tú dices, es más beneficioso recibir la educación dada por ti, aun siendo ésta extranjera, que recibir la de su propio país.
- 285a Hip. - Y digo la verdad.
Sóc. -E, incluso, que lo más beneficioso es lo más propio de la ley, ¿dices también eso, Hippias?
Hip. -Lo he dicho, en efecto.
Sóc. -Luego, según tu razonamiento, para los hijos de los lacedemonios es más propio de la ley recibir la educación de Hippias y es contra la ley recibirla de sus padres, puesto que, en realidad, van a recibir más beneficio de ti.
Hip. -Ciertamente lo van a recibir, Sócrates.
- b Sóc. -Luego infringen la ley los lacedemonios no dándote dinero ni confiándote a sus hijos.
Hip. -Estoy de acuerdo en esto; pues me parece que hablas en mi favor y no debo oponerme.
Sóc. - Así pues, amigo, encontramos que los lacedemonios infringen la ley y, aún más, lo hacen en asunto de máxima importancia; ellos, que parecen ser los más respetuosos de la ley. Pero, por los dioses, Hippias, te alaban y les gusta oír lo que tú expones. ¿Qué es ello? ¿Es, sin duda, lo que tan bellamente sabes, lo referente a los astros y los fenómenos celestes?
- c Hip. - De ningún modo, eso no lo soportan.

Sóc. - ¿Les gusta oírte hablar de geometría?

Hip. - De ningún modo, puesto que, por así decirlo, muchos de ellos ni siquiera conocen los números.

Sóc.-Luego están muy lejos de seguir una disertación tuya sobre cálculo.

Hip. - Muy lejos, sin duda, por Zeus.

d Sóc. - ¿Les hablas, por cierto, de lo que tú sabes distinguir con mayor precisión que nadie, del valor de las letras, de las sílabas, de los ritmos y las armonías?

Hip. - ¿De qué armonías y letras, amigo?

Sóc. - ¿Qué es, ciertamente, lo que ellos te escuchan con satisfacción y por lo que te alaban? Dímelo tú mismo, ya que yo no consigo dar con ello.

e Hip. - Escuchan con gusto lo referente a los linajes, los de los héroes y los de los hombres, Sócrates, y lo referente a las fundaciones de ciudades, cómo se construyeron antiguamente y, en suma, todos los relatos de cosas antiguas, hasta el punto de que yo mismo he tenido que estudiar y practicar a fondo todos estos temas.

Sóc. -Por Zeus, suerte tienes, Hippias, de que los lacedemonios no sientan gusto en que se les recite la nómina de nuestros arcontes desde Solón; de ser así, tendrías buen trabajo para aprendértela.

Hip. - ¿De qué, Sócrates? Si oigo una sola vez cincuenta nombres, los recuerdo.

286a Sóc. - Es verdad; no tenía en cuenta que tú dominas la mnemotecnica. Así que supongo que, con razón, los lacedemonios lo pasan bien contigo, que sa bes muchas cosas, y te tienen, como los niños a las viejas, para contarles historias agradables.

b Hip. - Sí, por Zeus, Sócrates; al tratar de las bellas actividades que debe un joven ejercitar, hace poco fui muy alabado allí. Acerca de ello tengo un discurso muy bellamente compuesto, bien elaborado sobre todo en la elección de las palabras. Éste es, poco más o menos, el argumento y el comienzo. Después de que fue tomada Troya, dice el discurso que Neoptólemo preguntó a Néstor cuáles eran las actividades buenas que, al ejercitarlas en la juventud, harían que un hombre alcanzara la mayor estimación. A continuación, habla Néstor y le propone numerosas actividades bellas y de acuerdo con las costumbres. He expuesto este discurso en Lacedemonia y tengo la intención de exponerlo aquí, pasado mañana, en la escuela de Fidóstrato, así como otros temas que merecen oírse. Me lo ha pedido Éudico, el hijo de Apemanto. Procura estar allí tú y llevar a otros que sean capaces de escuchar y juzgar lo que yo diga.

c Sóc. -Así será, Hippias, si lo quiere la divinidad. Sin embargo, respóndeme ahora brevemente sobre esta cuestión, pues me lo has recordado con oportunidad. Recientemente, Hippias, alguien me llevó a una situación apurada en una conversación, al censurar yo unas cosas por feas y alabar otras por bellas, haciéndome esta pregunta de un modo insolente: «¿De dónde sabes tú, Sócrates, qué cosas son bellas y qué otras son feas? Vamos, ¿podrías tú decir qué es lo bello?» Yo, por mi ignorancia, quedé perplejo y no supe responderle convenientemente. Al retirarme de la conversación estaba irritado conmigo mismo y me hacía reproches, y me prometí que, tan pronto como encontrara a alguno de vosotros, los que sois sabios, le escucharía, aprendería y me ejercitaría, e iría de nuevo al que me había hecho la pregunta para volver a empezar la discusión. En efecto, ahora, como dije, llegas con oportunidad. Explícame adecuadamente qué es lo bello en sí mismo y, al responderme, procura hablar con la máxima exactitud, no sea que, refutado por se-

Comentario [L8]: Éudico, hijo de Apemanto, citado a continuación, sin duda un ateniense seguidor de Hippias. Aparece también en Hippias Menor 363bb.

e

gunda vez, me esponga de nuevo a la risa. Sin duda, tú lo conoces claramente y éste es un conocimiento insignificante entre los muchos que tú tienes.

Hip. -Sin duda insignificante, por Zeus, Sócrates, y sin importancia alguna, por así decirlo.

Sóc. -Luego lo aprenderé fácilmente y ya nadie me refutará.

287a

Hip. - Ciertamente, nadie; de lo contrario, sería mi saber desdeñable y al alcance de cualquiera.

Sóc. - Buenas son tus palabras, por Hera, Hippias, si vamos a dominar a ese individuo. Pero, ¿no hay inconveniente en que yo lo imite y que, cuando tú respondas, objete los razonamientos? En efecto, tengo alguna práctica de esto. Si no te importa, quiero hacerte objeciones para aprender con más seguridad.

b

Hip. -Pues bien, hazlo. En efecto, como decía ahora, la cuestión no es importante y yo podría enseñarte a responder a preguntas incluso mucho más difíciles que ésta, de modo que ningún hombre sea capaz de refutarte.

Sóc. - ¡Ay, qué bien hablas! Pero, puesto que tú me animas, me voy a convertir lo más posible en ese hombre y voy a intentar preguntarte. Porque, si tú le expusieras a él este discurso que dices sobre las ocupaciones bellas, te escucharía y, en cuanto terminaras de hablar, no te preguntaría más que sobre lo bello, pues tiene esa costumbre, y te diría: «Forastero de Élide, ¿acaso no son justos los justos por la justicia?»

c

Responde, Hippias, como si fuera él el que te interroga.

Hip. -Responderé que por la justicia.

Sóc.-Luego ¿existe esto, la justicia?

Hip. -Sin duda.

Sóc. -Luego también los sabios son sabios por la sabiduría y todas las cosas buenas lo son por el bien.

Hip. - ¿Cómo no?

Sóc. - Por cierto, estas cosas existen, pues no sería así, si no existieran.

Hip. -Ciertamente, existen.

Sóc. - ¿Acaso las cosas bellas no son bellas por lo bello?

d

Hip. -Sí, por lo bello.

Sóc. - ¿Existe lo bello?

Hip. -Existe. ¿Cómo no va a ser así?

Sóc. - Dirá él: «Dime, forastero, ¿qué es lo bello?»

Hip. - ¿Acaso el que hace esta pregunta, Sócrates, quiere saber qué es bello?

Sóc. - No lo creo, sino qué es lo bello, Hippias.

Hip. - ¿Y en qué difiere una cosa de otra?

Sóc. - ¿Te parece que no hay ninguna diferencia?

Hip. - Ciertamente, no hay ninguna.

Sóc. -Sin embargo, es evidente que tú lo sabes mejor. A pesar de eso, amigo, reflexiona. No te pregunta qué es bello, sino qué es lo bello.

e

Hip. -Ya entiendo, amigo; voy a contestarte qué es lo bello y es seguro que no me refutará. Ciertamente, es algo bello, Sócrates, sábelo bien, si hay que decir la verdad, una doncella bella.

Sóc. - ¡Por el perro, Hippias, que has contestado bella y brillantemente! ¿Es cierto que, si respondo eso, habré contestado a la pregunta correctamente y que no hay riesgo de que se me refute?

288a

Hip. - ¿Cómo podrías ser refutado, Sócrates, en una cosa en la que todos los hombres piensan lo mismo y todos los oyentes confirmarían que tienes razón?

Comentario [L9]: Resulta extraña una afirmación de este tipo. Algo debió de ver Platón en Hippias para, a pesar de la brillantez de éste en tantas cosas, atribuirle tanta falta de raciocinio.

Comentario [L10]: No sería correcto traducir mujer o muchacha. A la objetiva belleza se añade el dato de la virginidad. Está claro que, en general, como sucedía con la palabra doncella en castellano, se usaba para toda mujer soltera.

Sóc. - Bien, ciertamente lo harán. Deja, Hippias, que yo examine para mis adentros lo que dices. Nuestro hombre me hará, poco más o menos, esta pregunta: « ¡Ea!, Sócrates, contesta. ¿Todas las cosas que tu afirmas que son bellas, sólo son bellas si existe lo bello en sí mismo?» Yo diré que si una doncella hermosa es una cosa bella, hay algo por lo que estas cosas son bellas.

b Hip. - ¿Crees, en efecto, que él intentará aún argumentar que no es bello lo que tú dices y que, si lo intenta, no quedará en ridículo?

Sóc. - Sé bien que lo intentará, admirable amigo. El resultado nos mostrará si va a quedar en ridículo al intentarlo. Quiero manifestarte lo que él nos va a decir.

Hip. -Dilo ya.

c Sóc. - «¡Qué agradable eres, Sócrates!, dirá él. ¿No es algo bello una yegua bella a la que, incluso, el dios ha alabado en el oráculo?» ¿Qué le contestaremos, Hippias? ¿No es cierto que debemos decir que también le yegua, la que es bella, es algo bello? ¿Cómo nos atreveríamos a negar que lo bello no es bello?

Hip. - Tienes razón, Sócrates, puesto que también el dios dice esto con verdad. En efecto, en mi tierra hay yeguas muy bellas.

Sóc. - «Sea, dirá él. ¿Y una lira bella no es algo bello?» ¿Decimos que sí, Hippias?

Hip. - Sí.

Sóc. -Él dirá a continuación, y lo sé casi seguro fundándome en su modo de ser: « ¿Y una olla bella, no es acaso algo bello?

d Hip. -Pero, ¿quién es ese hombre, Sócrates? Un mal educado para atreverse a decir palabras vulgares en un tema serio.

Sóc. - Así es él, Hippias, desatildado, grosero, sin otra preocupación que la verdad. Pero, sin embargo, hay que responderle, y yo me adelanto a hacerlo. Si un buen alfarero hubiera dado forma a la olla, alisada, redonda y bien cocida, como algunas bellas ollas de dos asas, de las que caben seis coes, tan bellas, si preguntara por una olla así, habría que admitir que es bella. ¿Cómo diríamos que no es bello lo que es bello?

e Hip. -De ningún modo, Sócrates.

Sóc. - « ¿También, dirá él, una olla bella es algo bello?» Contesta.

Hip. - Así es, Sócrates, creo yo. También es bella esta vasija si está bien hecha, pero, en suma, esto no merece ser juzgado como algo bello en comparación a una yegua, a una doncella y a todas las demás cosas bellas.

289a Sóc. - Está bien. Ya comprendo, Hippias, que entonnosotros debemos responder lo siguiente al que nos hace tal pregunta. «Amigo, tú ignoras que es verdad lo que dice Heraclito, que, sin duda, el más bello de los monos es feo en comparación con la especie humana y que la olla más bella es fea en comparación con las doncellas, según dice Hippias, el sabio». ¿No es así, Hippias?

Hip. - Exactamente, Sócrates; has respondido correctamente.

b Sóc. -Escucha. Yo sé que tras esto él dirá: «Pero ¿qué dices, Sócrates? Si alguien compara a las doncellas con las diosas, ¿no experimentará lo mismo que al comparar las ollas con las doncellas? ¿No es cierto que la doncella más bella parecerá fea? ¿Acaso no dice también Heraclito, a quien tú citas, que el hombre más sabio comparado con los dioses parece un mono en sabiduría, en belleza y en todas las demás cosas?» ¿Debemos admitir, Hippias, que la doncella más bella es fea en comparación con las diosas?

Hip. - ¿Quién podría oponerse a eso, Sócrates?

c Sóc. - Pues bien, si admitimos esto, se reirá y dirá: «¿Tienes presente, Sócrates, lo que se te preguntó?» Yo le diré que se me preguntaba qué

Comentario [L11]: El coes era una medida de tres litros aproximadamente. En la traducción está el verbo «caber» con el valor transitivo usado por nuestros clásicos.

Comentario [L12]: El famoso representante de la Filosofía del Ser. Nació en Éfeso a finales del segundo tercio del siglo vi. De familia aristocrática, conservó siempre ese espíritu. Esta cita forma el fragmento 82 -y la siguiente, el frag. 83- en la edición de Diels-Kranz.

era realmente lo bello en sí mismo. A continuación él dirá: «¿Se te pregunta por lo bello y tú respondes con lo que precisamente no es más bello que feo, según tú mismo dices?». «Así parece», diré yo. ¿Es que tú me aconsejas decir algo, amigo?

Hip. - Digo eso mismo; y, ciertamente, él dirá verdad al decir que con relación a los dioses la raza humana no es bella.

d Sóc. - « Si te hubiera preguntado desde el principio, dirá él, qué cosa es bella y a la vez fea y tú me hubieras respondido lo que ahora, habrías contestado correctamente. ¿Crees tú aún que lo bello en sí, eso con lo que todas las demás cosas se adornan y aparecen bellas cuando se les une esta especie, es una doncella, una yegua o una lira?»

e Hip. - Ciertamente; Sócrates, no hay cosa más sencilla que darle una respuesta, si él busca qué cosa es lo bello con lo que se adornan todas las demás cosas y aparecen bellas al añadirseles esto. En efecto, este hombre es muy simple y no entiende nada de objetos bellos. Si le respondes que lo bello por lo que él pregunta no es otra cosa que el oro, se quedará confuso y no intentará refutarlo. Pues todos sabemos que a lo que esto se añade, aunque antes pareciera feo, al adornarse con oro, aparece bello.

Sóc. - No conoces al hombre, Hippias, no sabes cuán sorprendente es y cómo no acepta fácilmente nada.

290a Hip. - ¿Qué tiene que ver eso, Sócrates? Lo que está perfectamente dicho tiene que aceptarlo, y si no lo acepta, quedará en ridículo.

Sóc. - Excelente Hippias, ciertamente no sólo no aceptará esta respuesta, sino que se burlará mucho de mí y me dirá: «Tú, gran ciego, ¿crees que Fidias es un mal artista?». Yo le diré que de ningún modo lo creo.

Hip. - Y dirás bien, Sócrates.

b Sóc. - Sin duda. Pero, cuando yo reconozca que Fidias es buen artista, a continuación él me dirá: «¿Desconocía Fidias esta especie de lo bello de que tú hablas?» «¿En qué te fundas?», le diré yo. Me contestará: «En que no hizo de oro los ojos de Atenea ni el resto del rostro, ni tampoco los pies ni las manos, si realmente tenían que parecer muy bellos al ser de oro, sino que los hizo de marfil; es evidente que cometió este error por ignorancia, al desconocer, en efecto, que es el oro lo que hace bellas todas las cosas a las que se añade». Si me contesta esto, ¿qué le debemos responder, Hippias?

c Hip. - No es difícil: le diremos que obro rectamente. En efecto, también el marfil es bello, creo yo.

Sóc. - Él va a decir. « ¿Por qué no hizo de marfil el espacio entre los dos ojos sino de mármol, tras haber buscado una clase de mármol lo más parecida al marfil? ¿Acaso también el mármol bello es también una cosa bella?» ¿Diremos que sí, Hippias?

Hip. - Lo diremos, al menos cuando su uso es adecuado.

Sóc. - ¿Cuando no es adecuado es feo? ¿Debo admitirlo, o no?

Hip. - Acepta que es feo cuando no es adecuado.

d Sóc. - « ¿No es cierto, dirá él, que el marfil y el oro, sabio Sócrates, cuando son adecuados hacen que las cosas aparezcan bellas y cuando no son adecuados, feas?» ¿Negamos, o admitimos que él dice la verdad?

Hip. - Vamos a admitir que lo que es adecuado a cada cosa, eso la hace bella.

Sóc. - « ¿Qué es lo adecuado, dirá él, cuando se hace hervir, llena de hermosas legumbres, la bella olla de la que acabamos de hablar: una cuchara de oro o de madera de higuera?»

Comentario [L13]: La estatua de oro y marfil de la diosa Atenea que Fidias esculpió para el Partenón.

- e Hip. - ¡Por Heracles!, ¿qué hombre es ese, Sócrates? ¿No quieres decirme quién es?
Sóc. - No lo conocerías si te dijera el nombre.
Hip. - Pues, incluso ahora, ya sé que es un hombre falto de instrucción.
- 291a Sóc. - Es muy molesto, Hippias. Sin embargo, ¿qué le vamos a decir? ¿Cuál de las dos cucharas es adecuada a la legumbre y a la olla? ¿No es evidente que la de madera de higuera? Da más aroma a la legumbre y, además, amigo, no nos podría romper la olla ni derramaría la verdura ni apagaría el fuego dejando sin un plato muy agradable a los que iban a comer. En cambio, la de oro podría hacer todas estas cosas, de manera que, según parece, podemos decir que la de madera de higuera es más adecuada que la de oro, a no ser que tú digas otra cosa.
- b Hip. - En efecto, es más adecuada, Sócrates; no obstante, yo no dialogaría con un hombre que hace ese tipo de preguntas.
Sóc. - Haces bien, amigo. No sería adecuado para ti contaminarte con tales palabras, un hombre como tú tan bien vestido, que usa un calzado tan bello y que tiene buena reputación entre los griegos por su sabiduría. En cambio, para mí no existe dificultad en mezclarme con este hombre. Así pues, instrúyeme previamente y responde en favor mío: «Si la cuchara de madera de higuera es más adecuada que la de oro -dirá nuestro hombre-, ¿no es cierto que será también más bella, puesto que has admitido, Sócrates, que lo adecuado es más bello que lo no adecuado?» ¿Debemos admitir, Hippias, que la cuchara de madera de higuera es más bella que la de oro?
- c Hip. - ¿Quieres que te diga lo que puedes decir que es lo bello y librate de tantas palabras?
Sóc. - Sí que quiero. Pero no antes de que me digas, cuál de las dos cucharas de que acabamos de hablar debo decirle a él que es adecuada y más bella.
Hip. - Si quieres, respóndele que la hecha de higuera.
Sóc. - Di, pues, ahora lo que ibas a decir antes. Pues con esta respuesta, si digo que lo bello es el oro, no va a resultar, según me parece, más bello el oro que la madera de higuera. Vamos a lo de ahora. ¿Qué dices, de nuevo, que es lo bello?
- d Hip. - Voy a decírtelo. Me parece que tú tratas de definir lo bello como algo tal que nunca parezca feo a nadie en ninguna parte.
Sóc. - Exactamente, Hippias. Ahora lo comprendes muy bien.
Hip. - Escucha. Con respecto a lo que voy a decir, sábelo bien, si alguien tiene algo que objetar, di que yo no entiendo nada.
Sóc. - Habla en seguida, por los dioses.
Hip. - Digo, en efecto, que, para todo hombre y en todas partes, lo más bello es ser rico, tener buena salud, ser honrado por todos los griegos, llegar a la vejez, dar buena sepultura a sus padres fallecidos y ser enterrado bella y magníficamente por los propios hijos.
- e Sóc. - ¡Ay! ¡Ay, Hippias! Ciertamente, has hablado de un modo maravilloso, grandioso y digno de tí. Por Hera, yo te admiro y creo que, en la medida en que te es posible, me ayudas amistosamente; pero no damos en el blanco con nuestro hombre, sino que ahora se reirá más de nosotros; sábelo bien.
- 292a Hip. - Peligrosa risa, Sócrates, pues, si no tiene nada que decir a esto y se ríe, se ridiculizará a sí mismo y será objeto de risa por parte de los presentes.
Sóc. - Tal vez sea así, pero quizá, según yo presumo, por esta respuesta es probable que no solamente se ría de mí.
Hip. - ¿Qué entonces?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

